

La estupidez de Fox Mulder. Gilles Deleuze y *Expediente X*: Breves notas paranormales acerca de la necesidad*

Fox Mulder's Idiocy. Gilles Deleuze & *The X-Files*:

Brief Paranormal Notes About Stupidity

Recibido: 8 de octubre de 2011

Aceptado: 25 de noviembre de 2011

Ramón Macho Román

Universidad Complutense de Madrid

ramon1920@gmail.com

Resumen

El conflicto entre una investigación heterodoxa y un método tradicional que se plantea en *Expediente X* puede ser pensado a la luz de algunos textos en los que Gilles Deleuze aborda los problemas de la necesidad y el error. Intentamos mostrar que las razones por las que Mulder pretende sustituir un tipo de investigación por otro y los mecanismos mediante los cuales se lleva a cabo esta transformación son similares a los que afectan a lo que Deleuze llama imágenes del pensamiento. En ambos casos la imposibilidad de resolver ciertos problemas, que son declarados meros infortunios empíricos o irresolubles por derecho, llevan a reivindicar a Mulder y a Deleuze el abandono de, respectivamente, el método policial y la imagen dogmática del pensamiento en busca de otras posibles estructuras que sí sean capaces de afrontar dichos problemas, aunque para ello deba atravesarse un estado siempre opuesto a las actividades de detective y pensador, que cuestiona cualesquiera métodos pretendidamente universales, y que el filósofo francés denomina «necesidad».

Palabras clave

Expediente X, Gilles Deleuze, necesidad, imagen del pensamiento, método.

Abstract

In light of some Gilles Deleuze's texts in which he studies the stupidity and error problems, the conflict between heterodox investigations and traditional methods that *The X-Files* rises, can be studied. One discovers that the reasons why Mulder wants to replace a kind of investigation with another and the process through which he performs this transformation, are similar to the ones that work on Deleuze's Images of Thought. Taking into account the impossibility of

* El presente artículo surgió en el contexto de las clases sobre *Diferencia y Repetición* impartidas el curso pasado en la Facultad de Filosofía de la UCM por Emma Andrea Ingala Gómez y depende en no poca medida del contenido de éstas. Por otro lado, el tratamiento de algunos de los temas centrales del texto es deudor de una importante conversación acerca de la noción de necesidad en la obra de Deleuze que tuve la oportunidad de mantener durante la redacción del artículo con el profesor José Luis Pardo Torío. Me siento, no solo por tales referencias teóricas presentes a lo largo del texto pero no explicitadas en él, especialmente obligado con ellos que tuvieron además la amabilidad de leer y discutir conmigo los primeros borradores del artículo

solving certain problems, which are usually understood as empirical setbacks or insolvable by right, Mulder and Deleuze defend to give up the police method and the dogmatic image of thought respectively, and search for other possible structures that do enable them to face up these problems. Although this non-detective, non-thinker condition, must be crossed in order to solve them, this state that makes any supposedly universal method dubious is by the French thinker called «stupidity».

Keywords

The X-Files, Gilles Deleuze, stupidity, Image of Thought, method.



1. Algo de Ufología

MULDER: Haz una pregunta impertinente y quizá consigas una respuesta pertinente.
(*Expediente X*, 1x04, “Enlace”)

En septiembre de 1993 la Cadena FOX estrenó en los Estados Unidos la que se convertiría en la serie de referencia para los amantes de lo paranormal. El argumento es conocido: dos agentes del FBI emplean su tiempo –y el dinero de los contribuyentes– en resolver casos archivados, aparentemente inexplicables, bajo el supuesto de que guardan relación con ciertos fenómenos inusuales. Las aventuras de Mulder y Scully podrían ser descritas de forma general con la expresión que cierto pensador francés utilizó a finales de los años sesenta para hablar de los libros de filosofía: “una especie muy particular de novela policial y [...] una suerte de ciencia ficción” (Deleuze, 2009: 17). El creador de *Expediente X* (Carter, cr., 1993-2002), habría tenido a la hora de esbozar el primer guión de una serie que combinara estos elementos, lo detectivesco y lo paranormal, al menos dos opciones distintas en función de cómo los crímenes encontrarán solución –y que tenían que encontrarla era algo necesario desde el momento en que se partía de casos previamente descartados–. La primera de ellas, natural y tranquilizadora, sería aquella que relacionamos con el verdadero ejercicio policial, y que encontramos ejemplificada, si buscamos un caso en el que intervengan elementos paranormales, en las historietas de *Scooby Doo, ¿dónde estás?* (Ruby y Spears, crs., 1969-1971). Tras un metódico trabajo de observación, recolección de pistas y testimonios relevantes, la labor de los detectives consistiría en reconstruir lo ocurrido y resolver el engaño, encontrar la explicación racional, es decir, quitarle la sábana al fantasma o la máscara al extraterrestre. La segunda, que es la que en la serie reivindica Mulder frente a Scully –sin excluir cierto

tipo de trabajo de campo, esto es, sin hacer depender la respuesta exclusivamente de la más o menos feliz imaginación del agente federal—, consistiría en suponer que el fantasma y el extraterrestre existen y que si no se los encuentra es precisamente porque se parte de un supuesto: que los espectros y los alienígenas solo son fantasmagorías, nada más que personajes de cuento y literatura de ficción. La decisión —que no puede simplemente reducirse a la apelación de los guionistas a un sentimiento en la audiencia, a la complicidad que produce en los espectadores el hecho de que existan fenómenos inexplicables, más aún conspiraciones extraterrestres—, a favor de la segunda de estas opciones dio como resultado un producto que, si bien rozaba en ocasiones lo peor de serie B con sus monstruos semanales, estaba construido en contra del sentido común. Es este aspecto el que nos interesa señalar, precisamente porque lo que aquí está en juego no es la ingenua constatación de que hay cosas inexplicables. En *Expediente X* presenciamos cómo acontecimientos paranormales son explicados sin que sean transformados en hechos explicables, sin reducirlos a fenómenos normales.

Dos años antes de que *Expediente X* llegara a los hogares estadounidenses Gilles Deleuze, el pensador francés al que acabamos de aludir, publicaba junto a Felix Guattari un libro titulado *¿Qué es la filosofía?* (1991). A pesar de que se trata de una de sus obras más tardías —la última en la que habrían de trabajar juntos: Guattari moriría al año siguiente y Deleuze lo haría en 1995—, comparte con otras más jóvenes del mismo Deleuze, por ejemplo con *Diferencia y Repetición* (1968) y *Nietzsche y la filosofía* (1967), o con cualquiera de los dos volúmenes de *Capitalismo y esquizofrenia* (1972-1980), una problemática en torno al pensamiento y a lo que a él se opone: “el error en el que el pensamiento no cesa de caer, la ilusión en la que da vueltas sin parar, la estulticia en la que no deja de recrearse, o el desvarío en el que no cesa de apartarse de sí mismo o de un dios” (Deleuze y Guattari, 1995: 57). En todas esas obras late —y esto ocurre con independencia de las notables variaciones que van apareciendo en su pensamiento a lo largo de los años y que los expertos en Deleuze se han esforzado en identificar mediante etapas más o menos rígidas— una sospecha acerca de cuáles son y cómo pueden ser localizados esos enemigos del pensamiento. Fox Mulder, el protagonista de *Expediente X*, está obsesionado con la desaparición de su hermana y es esa obsesión la que le lleva primero a afirmar una abducción y a partir de ahí a comenzar a investigar unos casos archivados desde otra perspectiva; entiende que hay algunos enigmas que no pueden ser resueltos si la investigación se restringe a los fenómenos corrientes, es decir, si no se

toman en consideración los paranormales, o si estos se terminan reduciendo a mera consecuencia de los primeros. Se trata en definitiva de haberse dado cuenta de que nunca podremos acorrallar un fantasma si cada vez que lo escuchamos moverse a través del corredor nos decimos lacónicamente para tranquilizarnos: «debe de haber sido el viento». La sospecha de Deleuze funciona de manera parecida. En su caso se trata de afirmar que no se puede identificar el error en filosofía, no es posible pensar el verdadero error, ese que habría preocupado a los grandes filósofos a lo largo de la historia, mientras se permanezca ligado a lo que él llama cierta imagen del pensamiento.¹

2. Género e imagen del pensamiento

Que seamos capaces de clasificar *Expediente X* dentro de la ciencia ficción no depende tanto de un planteamiento argumental determinado –lo que puede ocurrir, por ejemplo, en *Star Trek* (Roddenberry, cr., 1966-1969) o *Doctor Who* (Newman, cr., 1963-1989)– como de las infracciones con respecto al género al que en principio debería pertenecer (Mulder es un simple agente federal y no el capitán de una nave espacial). En la serie de Chris Carter estas reglas del género policial que nosotros ya conocemos –desde Sherlock Holmes hasta *The Wire* (Simon, cr., 2002-2008), con la inestimable ayuda de periódicos, telediarios y programas de sucesos–, están siempre presentes a través del personaje de Dana Scully. La figura de la compañera supervisora mantiene en los espectadores, y no siempre explícitamente, los postulados del método policial, las bases del género, y permite que se aprecien las desviaciones tanto de Mulder con respecto al método como de la propia serie *Expediente X* con respecto a cualquier serie de policías ortodoxa. La agente Scully nos recuerda que conocemos las reglas del juego policial, que de un modo bastante preciso –aunque seguramente tuviéramos algunos problemas para ponerlas todas sobre el papel– responden a la pregunta «¿qué significa investigar un crimen?».

En las páginas centrales de *Diferencia y Repetición* (1968), cuando Deleuze explicita los postulados de la imagen dogmática del pensamiento, es decir, al repasar las reglas que la reflexión común reconoce como propias y que la filosofía parece siempre

¹ Una de las modificaciones que sufre el pensamiento de Deleuze entre *Nietzsche y la Filosofía* y *¿Qué es filosofía?* pasa por transitar de una única imagen del pensamiento a una multiplicidad de ellas. Sin embargo, como veremos, el error al que aquí se alude permanece siempre como algo externo a cualquier imagen del pensamiento.

terminar asumiendo, también quedan reflejados sus límites y su alcance. Una imagen del pensamiento –y la imagen dogmática o del sentido común es un importante ejemplo y quizá el único– es un conjunto de presupuestos subjetivos, esto es, de tesis implícitas, que determinan lo que es pensar, lo que es susceptible de ser verdadero y, por simple derivación, lo que es falso o erróneo. Es claro que mientras no sean explicitados –lo que sí ocurre de forma natural con, por ejemplo, los postulados de las ciencias– no podrán ser jamás cuestionados. Pero además, cuando sucede y se formulan aparecen aún bajo la forma de lo incuestionable, bajo la forma del «todo el mundo sabe». Todo el mundo sabe que la astrología es una farsa, que los fantasmas no existen, que ningún éxito cabe esperar del policía que intentara resolver una desaparición acudiendo a una adivina y solo carcajadas ante quien denunciara un robo perpetrado por alienígenas. Estamos bastante seguros de que los marcianos no abdujeron a nadie. Del mismo modo, de manera espontánea, incuestionable, todo el mundo sabe qué significa pensar y nadie se extraña ante, por ejemplo, el cartesiano «yo pienso, yo soy». Todo el mundo sabe qué es pensar y ser (hasta el punto de poder definir al Yo mediante ambos). Todo el mundo sabe que el filósofo busca la verdad y que el pensamiento es afín a ella. La serie de los ocho postulados –en su forma natural espontánea o en su apropiación por parte de la filosofía– que Deleuze describe prefigura la estructura formal del pensamiento, a partir de la cual se deriva el método. Comparados con otra clase de reglas implícitas, con algoritmos de cualquier tipo, métodos particulares, etc., los postulados acerca de qué significa pensar son mucho más vaporosos y abstractos, pues simplemente dependen de la forma del pensar. Ahora bien, igual que ellos –y compararlos con algoritmos matemáticos es muy esclarecedor– exigen un contenido determinado de pensamiento. Solucionan bien unos problemas pero son completamente insensibles a lo que no cae bajo esa estructura. Sin embargo Deleuze tiene la impresión de que son precisamente esos otros problemas a los que los filósofos se han enfrentado desde siempre. Y tienen nombre propio. ¿No es ése el sentido –piensa Deleuze– de la ilusión en Kant y la superstición en Spinoza? Quizá estos problemas que desbordan el mero error, que no son simplemente una desviación accidental del método, sean los verdaderos enemigos del pensamiento, a los que la filosofía siempre se debe oponer, aunque sea posible que nunca logre solucionarlos.

3. Hecho: la naturaleza recta de la razón

En el terreno prefilosófico, del que la filosofía siempre se declarará distinta, el pensador está dotado de una tendencia natural hacia la verdad. Se entiende que su trabajo es buscarla, con suerte descubrirla y, por tanto, que la actividad intelectual consiste en esa búsqueda. Pero la buena voluntad del pensamiento planteada de este modo solo puede aspirar –y sin embargo tenemos demasiados ejemplos contra sus pretensiones– a ser un hecho muy extendido, no está justificada mientras no sea transformada en cuestión de derecho. El filósofo interviene sobre este prejuicio, traiciona su pretensión crítica y postula, poco importa si lo hace explícitamente como Aristóteles o Descartes o no, una recta naturaleza del pensamiento. Este postulado, que Deleuze llama postulado del principio, y de manera parecida los siguientes, transforma el supuesto hecho –el pensador siempre busca lo verdadero– en una cuestión de derecho que lo garantiza –el pensamiento posee previamente la forma de la verdad y por eso puede quererla y reconocerla–, esto es, garantiza la pretensión del pensador, garantiza que el pensador busque siempre la verdad, al incluirla como ley legítima del pensamiento.

En ese sentido, el pensamiento conceptual filosófico tiene por presupuesto implícito una Imagen del pensamiento, prefilosófica y natural, tomada del elemento puro del sentido común. De acuerdo con esta imagen, el pensamiento es afín a lo verdadero, posee formalmente lo verdadero y quiere materialmente lo verdadero. (Deleuze, 2009: 204)

De este modo la filosofía toma impulso, gana fuerza, obtiene una gravedad que nunca tendría de por sí, se coloca en el centro y fundamenta, además de a sí misma, a todo el pensamiento natural. Nunca la filosofía tuvo un aliado más poderoso: excluye en un principio al pensamiento natural para recuperarlo en lo esencial, en la forma del discurso, fundado y dependiente de ella misma. Y ahora aquel «todo el mundo sabe» es, después de todo, filosofía.

Puestas las cosas así, al filósofo únicamente le queda la tarea de construir el método para la búsqueda de la verdad. Una vez que se ha aceptado que el entendimiento es la vía para alcanzar la verdad, que solamente bajo sus condiciones la verdad puede darse, entonces solo basta atender a su estructura formal para construir el método. Es decir, cuando los postulados subjetivos bajo la forma natural se retoman como postulados del pensamiento filosófico, solo puede aflorar la cuestión del método. Una vez determinada la esencia del pensar –aunque la extraigamos de hechos arbitrarios–

únicamente cabe determinar un modo de ejercer el pensamiento acorde con ella. Pero al hacerlo no marcamos simplemente el camino a seguir sino que también, y sobre todo, distribuimos los límites del pensamiento, determinamos qué puede ser y qué no puede ser pensado, así como todos los errores posibles a evitar.

4. Varios errores

En la monografía sobre Nietzsche de 1967, al hilo de la distinción entre los pares de categorías verdadero-falso –propio de lo que ya allí se llamaba «Imagen dogmática del pensamiento»–, y noble-vil –con el que el pensador alemán habría logrado introducir los elementos del sentido y del valor en el pensamiento–, Deleuze describe la inflación del concepto de error en una filosofía ligada a la imagen dogmática, es decir al binomio verdadero-falso:

Según ésta, todo lo que se opone de hecho al pensamiento no tiene más que un efecto sobre el pensamiento como tal: inducirlo a error. El concepto de error expresaría, pues, por derecho, lo peor que pudiese sucederle al pensamiento, es decir, el estado de un pensamiento separado de lo verdadero. (Deleuze, 1986: 148)

Para un pensamiento como el que venimos describiendo, el estado negativo del pensamiento solo es el error, entendido este como una desviación accidental con respecto al buen camino del entendimiento. El postulado del error deriva, y confirma, el postulado de la rectitud del pensamiento: ¿qué le puede ocurrir a una recta naturaleza salvo equivocarse, es decir, *tomar* lo que es falso por verdadero? Los errores pueden ser más o menos graves, desviaciones mayores o menores con respecto al método –pueden ser esos ejemplos ingenuos que pone la filosofía, un escolar que dice $3+2=6$, alguien que dice «Hola Teeteto» cuando se encuentra con Teodoro, u otros más graves, confundir los primeros principios de las ciencias (Aristóteles) o tomar por verdadero algo dudable (Descartes)– pero siempre se pueden corregir. Basta eliminar las distracciones, los prejuicios, depurar el pensamiento, es decir, observar el método para que éste vuelva a su pureza inicial.

Pero el uso de estos ejemplos, continúa explicando Deleuze, prueba suficientemente que el concepto de error no es otra cosa que la extrapolación de hechos (es decir, que no hay razón suficiente que los convierta en derecho) en sí mismos *pueriles, artificiales o grotescos*: ¿Quién se equivoca al sumar sino el escolar? ¿Quién se confunde sino el distraído?

El pensamiento adulto y aplicado tiene otros enemigos diversamente profundos. La estupidez es una estructura del pensamiento como tal: no es una forma de equivocarse, expresa por derecho el sinsentido del pensamiento. La estupidez no es un error ni una sarta de errores. Se conocen pensamientos imbéciles, discursos imbéciles contruidos totalmente a base de verdades; pero estas verdades son bajas, son las de un alma baja, pesada y de plomo. *La estupidez, más profundamente, aquello de lo que es síntoma: una manera baja de pensar.* (Deleuze, 1986: 148-149)

Hay una forma de pensar –y nada impide que se dé bajo la imagen dogmática, es decir bajo el dominio del binomio verdadero-falso; por eso puede haber pensamientos imbéciles a base de verdades– que se opone al pensamiento de forma distinta y más profunda que el error. En el marco de *Nietzsche y la filosofía* la necedad aparece vinculada al dominio de las fuerzas reactivas, a lo negativo y a la temática del esclavo, conceptos propios de Nietzsche. Como quiera que en estos textos, que por otro lado no son muy prolijos en ejemplos, el vocabulario energetista parece sugerir que son ciertas fuerzas –activas o reactivas– las que se apropian del pensamiento volviéndolo estúpido o no, la necedad aparece como un estado final del pensamiento, en el que tras el choque de fuerzas el pensamiento deviene, en tal caso, necio. Si las formas de la locura, la necedad y la maldad se conciben como estados del pensamiento, entonces se lleva a cabo la primera inversión de la imagen dogmática.

La imagen dogmática no ignora de ningún modo que el pensamiento tiene otros contratiempos además del error, oprobios más difíciles de vencer...No ignora que la locura, la estupidez, la maldad –horrible trinidad que no se reduce a lo mismo– se reducen aún menos al error. Pero una vez más, la imagen dogmática no ve en ello sino *hechos*. (Deleuze, 2009: 229)

Como hecho, la necedad era otro obstáculo más para el pensamiento. Era como la distracción, la maldad y la locura, simplemente desviaría el pensamiento hacia el error, que operaría como un receptor de esa y el resto de causalidades externas. En este caso, el necio liberado de su necedad, como el loco al que se le extirpara su locura, pensaría correctamente, de acuerdo al método; sin embargo Deleuze señala que al contrario –puesto que son sus formas de pensar, sin necedad o sin locura– estos no pensarían de ningún modo, que el cambio en el modo de pensar solo se produce cuando adviene alguna otra estructura trascendental de pensamiento. Esto es lo que significa que la necedad, o la locura, o la maldad, no sean simples hechos en contra del derecho del pensamiento, sino estructuras mismas del pensar, que ya no son evaluables conforme al criterio del error –pues éste solo tiene sentido cuando solo se concibe un

pensamiento de derecho– sino en función de lo que Nietzsche habría llamado lo noble y lo vil.

La cobardía, la crueldad, la bajeza, la necedad no son simplemente potencias corporales o hechos de carácter y sociales, sino estructuras del pensamiento como tal. El paisaje de lo trascendental se anima; en él se deben introducir el lugar del tirano, del esclavo y del imbécil, sin que el lugar se asemeje a quien lo ocupa y sin que nunca lo trascendental se calque sobre las figuras empíricas que hace posibles. Lo que siempre nos impide hacer de la necedad un problema trascendental es nuestra creencia en los postulados de la *cogitatio*. (Deleuze, 2009: 232)

5. Artaud, el otro necio

Sufro una espantosa enfermedad del espíritu. Mi pensamiento me abandona, en todos los niveles. Desde el hecho simple del pensamiento hasta el hecho exterior de su materialización en las palabras. Palabras, formas de frases, direcciones interiores del pensamiento, reacciones simples del espíritu, estoy en la búsqueda constante de mi ser intelectual [...]. Estoy por debajo de mí mismo, lo sé, lo sufro [...]. Quisiera que usted comprendiese que no se trata de ese más o menos de existencia que afecta a lo que se conviene en llamar la inspiración, sino de una ausencia total, de una verdadera pérdida [...]. Es el problema de mi pensamiento lo que está en juego. (Artaud, 1976a: 24-25)²

En los textos de Deleuze aparece con frecuencia un ejemplo que guarda alguna semejanza con el planteamiento de *Expediente X*. Desde 1923 y hasta su muerte en 1925, Jacques Rivière, el nuevo editor de la *Nouvelle Revue Française*, mantuvo un intercambio epistolar con Antonin Artaud acerca de algunos de los poemas que el primero había rechazado publicar. Ante los lamentos de Artaud, que intenta explicarle que su escritura/pensamiento se ejerce desde un desmoronamiento central, a partir de una enfermedad de espíritu que si consigue convertirse en palabras, lo hace a costa de la dispersión y el vicio en la forma, Rivière se calza el traje cartesiano de Dana Scully y procede como ella a redactar “un informe de sus actividades y observaciones, y sobre la validez de su trabajo” (*Expediente X*, 1x00, “Piloto”)³.

² Carta de Artaud a Rivière fechada el 5 de junio de 1923. La fuente está en francés. “Je souffre d’une effroyable maladie de l’esprit. Ma pensée m’abandonne, à tout les degrés. Depuis le fait simple de la pensée jusqu’au fait extérieur de sa matérialisation dans les mots. Mots, formes de phrases, directions intérieures de la pensée, réactions simples de l’esprit, je suis à la poursuite constante de mon être intellectuel.[...]. Je suis au-dessous de moi-même, je le sais, j’en souffre [...]. Je voudrais que vous compreniez bien qu’il ne s’agit pas de ce plus ou moins d’existence qui ressortit à ce que l’on est convenu d’appeler l’inspiration, mais d’une véritable déperdition. [...]. C’est tout le problème de ma pensée qui est en jeu”.

³ Ésa será la misión que los superiores de la agente Scully le encargarán al principio de la serie: vigilar a su compañero, el agente Mulder, y evaluar su trabajo y sus capacidades.

El editor, que ve en esos poemas rarezas desconcertantes, extrañas desviaciones, solo puede recomendarle que dirija su espíritu conforme a reglas. Adoptar buenos hábitos literarios, contesta Rivière, es decir, corregir esas perturbadoras anomalías, lo llevará a “escribir poemas perfectamente coherentes y armoniosos” (Artaud, 1976a: 26)⁴. Si sus poemas no son bellos, es porque no se ha aplicado en ellos lo suficiente, porque no ha depurado su técnica, pero cuando logre hacerlo, cuando siga el método, entonces habrá superado ese estado tan incómodo que el poeta lamenta –“No llego a pensar” (Artaud 1976b: 146) dirá algunos años después⁵–. “Jacques Riviere no duda en responder a Artaud: trabaje, trabaje, todo se arreglará, llegará a encontrar un método y a expresar adecuadamente lo que con todo derecho piensa” (Deleuze y Guattari, 1988: 383). El editor de Artaud solo puede tratar de entender sus desviaciones desde la falta de método y su solución solo a partir de la sumisión a éste, pero de este modo, cuanto más cree haber comprendido al poeta, más se aleja de él. Como Rivière se mantiene en la imagen de un pensamiento dotado de una recta naturaleza y una voluntad de derecho, el estado originario que describe Artaud le resulta completamente extraño. El problema para el escritor no es orientar su pensamiento ni mejorar su expresión, sino salir de ese hundimiento central en el que todavía no se piensa, de ese lugar en el que no hay estructura alguna, y que en él aflora al intentar escribir esa posibilidad del pensamiento que solo se revela como tal en la abolición de la imagen del pensamiento actualmente efectiva.

En todo esto Artaud persigue la terrible revelación de un pensamiento sin imagen y la conquista de un nuevo derecho que no se deja representar. Sabe que la dificultad como tal, y su cortejo de problemas y preguntas, no son un estado de hecho, sino una estructura de derecho del pensamiento. (Deleuze, 2009: 227)

Artaud habla de una experiencia en la que el pensamiento ha perdido toda estructura que le permitía pensar. En ese estado originario –el que quedaba cuando al loco se lo privaba de su locura, al malvado de su maldad, pero también cuando a cualquiera se lo liberaba de su estructura de pensamiento actualmente efectiva– no se puede pensar. Sin embargo es precisamente a partir de ese lugar, ese fondo leguminoso, desde el que se genera cualquier pensamiento. Podemos imaginar a Fox Mulder tan solo

⁴ Carta de Rivière a Artaud fechada el 25 de junio de 1923. La fuente está en francés. “[...] écrire des poèmes parfaitement cohérents et harmonieux”.

⁵ Carta de Artaud al Dr. Allendy fechada el 30 de noviembre de 1927. La fuente está en francés. “Je n’arrive pas à penser”.

unos meses antes del episodio piloto de su serie devanándose los sesos intentando resolver los expedientes X desde la ortodoxia metodológica, estrellándose una y otra vez contra tonterías inaceptables, y hundiéndose cada vez más en ese estado originario en el que el método de la academia se agrieta y deja de tener validez. Podemos imaginar el momento en el que el detective se hunde definitivamente en la necedad a partir de la cual, liberado de todo modelo de investigación, le es dado crear uno distinto, que en este caso consiste en culpar a los marcianos: “como sugieren Kleist o Artaud, el pensamiento como tal empieza a tener rictus, chirridos, tartamudeos, glosolalias, gritos, que le impulsan a crear o a intentarlo” (Deleuze y Guattari, 1995: 58).

En un pasaje al comienzo del capítulo tercero de *¿Qué es la filosofía?*, en el quinto ejemplo, Guattari y Deleuze comparan dos tipos de idiota: el propio de la imagen clásica, el idiota cartesiano, que juega el papel de lo que aquí hemos llamado el pensamiento reactivo que solo piensa en los límites del concepto de error; y el idiota moderno, ejemplificado por Chestov, que está ya en la imagen moderna del pensamiento, es decir, en el contexto del libro. Está ya en un pensamiento elevado, un pensamiento creador. Al final de esas líneas, escriben:

A todas luces, no se trata del mismo personaje, se ha producido una mutación. Y, no obstante, un tenue lazo une a ambos idiotas, como si el primero tuviera que perder la razón para que el segundo volviera a encontrar lo que el otro había perdido de antemano ganándola. ¿Un Descartes en Rusia que se ha vuelto loco? (Deleuze y Guattari, 1995:65)

Se trata de un estado misterioso en el que se ha perdido la razón-estructura del pensamiento y al que hay que llegar para poder alcanzar ese modo de pensar elevado que se habría perdido –Nietzsche diría «devenido reactivo» (Deleuze, 1986: 90-95)–. Deleuze llama *también* a ese estado originario, al momento en el que todavía no se piensa, del mismo modo que a ese estado no-originario en el que el pensamiento es reactivo, «necedad». En los dos casos, designa aquello a lo que –sin perjuicio de que la imagen dogmática del pensamiento los confunda sistemáticamente con el error– el pensamiento debe necesariamente responder si aspira a convertirse en algo así como «filosofía».

6. Necedad sin método

Cada vez que se plantea la cuestión del pensamiento filosófico como una búsqueda de la verdad o un rechazo del error, cada vez que la necedad se considera

solamente como un infortunio empírico que nada dice contra la naturaleza universalmente recta del pensamiento, se olvida que la necedad trascendental, es decir, la estupidez como posibilidad genuina del pensamiento, como estado originario, oculta muchas cosas que pueden ser más valiosas que la verdad (por ejemplo, un modo elevado de pensar frente al modo bajo de hacerlo), y seguramente es necesario descender hasta lo más bajo para poder entender en qué consiste esa elevación y hasta qué punto se distingue de un «método» para evitar el error.

Al contrario de lo que ocurre en el mundo real con todas las investigaciones acerca de fenómenos paranormales, el trabajo de Fox Mulder progresa temporada tras temporada. El argumento de la serie no se reduce a la acumulación de una serie de sucesos sobre los que se mantiene cierta duda razonable sobre su vinculación, pongamos por caso, con actividad extraterrestre, pero a los cuales no se les niega, puesto que sería atentar contra el sentido común, una futura explicación tradicional. Hay un hilo que atraviesa los principales capítulos de cada temporada y que hace avanzar la trama, haciendo que de este modo el misterio se resuelva poco a poco. Si por el contrario, los expedientes X mantuvieran ese tono misterioso que tanto puede llegar a gustar a la audiencia televisiva, si allí se estuviera formulando una verdadera, es decir indemostrable, teoría de la conspiración y nunca se llegara a descubrir que gobierno y alienígenas trabajan juntos, o, simplemente, si ningún caso se resolviera, entonces la pareja de detectives serían simplemente un par de idiotas. Después de todo, lo que se generaría a partir de la necedad a la que habría descendido Mulder, a la que se habría precipitado poco a poco también su compañera, sería un modo bajo de pensar, uno que, en este caso, es incapaz de resolver los problemas que se le plantean. La estupidez habría devenido más estúpida si cabe. El fondo asciende sin tomar ninguna forma, y entonces

Al no ser captadas por un pensamiento que las contempla y las inventa, todas las determinaciones se hacen crueles y malas; desolladas, separadas de su forma viviente, flotan sobre ese fondo taciturno. Todo se hace violento sobre ese fondo pasivo... Allí se realiza el Sabbath de la necedad y la maldad. (Deleuze, 2009: 233)

Sin embargo no ocurre así. Igual que los poemas de Artaud, que paradójicamente resultaron ser hermosos, el argumento de *Expediente X* se desarrolla e incluso, por mucho que pueda disgustarnos la forma en la que lo hace, concluye. Esto significa que el ascenso desde el fondo grotesco del espíritu tiene como resultado en

determinadas ocasiones un modo elevado de pensar, un pensamiento activo. La génesis de una forma noble de pensar, puesto que como hemos mostrado se produce desde la necesidad, es decir, en la ausencia de cualesquiera formas de pensamiento, no puede producirse conforme a un método, pues éste es la explicitación de las reglas de una estructura de derecho. Por eso, aunque Deleuze parezca muchas veces estar en posesión de una suerte de «regla matemática» que podría solventar el problema de alcanzar el anhelado pensamiento noble que parece guardarse para sí mismo y para los artistas que toma como ejemplos, lo cierto es que tal pauta no puede explicitarse, pues solo es efectiva mientras no se presenta, y por lo tanto, permanece en la sombra, siempre impensada. Del tránsito entre la necesidad y el pensamiento solo cabe entonces dar ejemplos –Deleuze los toma del arte donde las reglas siempre se imaginan– y vagas descripciones. Nosotros no podemos presenciar el movimiento anímico de Fox Mulder, del que apenas tenemos un puñado de historias sobre hipnosis y recuerdos, pero sí el de Dana Scully. Es la piadosa facultad –como diría Flaubert, siempre tan caro a Deleuze–, que se desarrolla en su espíritu de ver la necesidad y ya no tolerarla la que fuerza a la investigadora a pensar, a implicarse en el extraño método de su compañero, que, por extraño que le parezca, logra resolver los expedientes X.

Esa facultad, la más piadosa, también se convierte en la facultad regia cuando anima a la filosofía como filosofía del espíritu, es decir, cuando induce a todas las otras facultades a ese ejercicio trascendente que hace posible una violenta reconciliación del individuo, del fondo y del pensamiento. (Deleuze, 2009: 234)

Bibliografía

- ARTAUD, Antonin (1976a): *Oeuvres Complètes. Tome I**. Paris: Gallimard/NRF.
 — (1976b): *Oeuvres Complètes. Tome I***. Paris: Gallimard/NRF.
 DELEUZE, Gilles ([1967] 1986): *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
 — ([1968] 2009) *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
 — ([1991] 1995) *¿Qué es la filosofía ?* Barcelona: Anagrama.
 DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Pierre Felix (1980) [(1988) *Mil Mesetas (capitalismo y esquizofrenia)*. Valencia: Pre-textos.

Filmografía

- CARTER, Chris (cr.) (1993-2002): *Expediente X (The X-Files)*. Estados Unidos / Canadá. Ten Thirteen Productions/ 20th Century Fox Television.

RUBY, Joe y SPEARS, Ken (crs.) (1969-1971): *Scooby Doo, ¿dónde estás?*. Estados Unidos: Hannah-Barbera Productions.

RODDENBERRY, Gene (cr.) (1966-1969): *Star Trek*. Estados Unidos: Desilu Productions / Norway Corporation / Paramount Television.

NEWMAN, Sidney (cr.) (1963-1989): *Doctor Who*. Reino Unido. British Broadcasting Corporation (BBC).

SIMON, David (cr.) (2002-2008): *The Wire*. Estados Unidos: Blown Deadline Productions / Home Box Office (HBO).